

Históricas Digital

James Creelman

Díaz, jerarca de México

Felipe Arturo Ávila Espinosa (estudio introductorio)
Guadalupe Becerra Perusquía (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

436 p.

(Serie Documental, 30)

ISBN 978-607-02-4265-6

Formato: PDF

Publicado: 28 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diazjerarca/djm.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México



NACIMIENTO Y NIÑEZ DE DÍAZ

Cuando Porfirio Díaz nació en 1830, México ya era una república desde hacía seis años. España había hecho otro intento vano e insensato de reconquistar el país y dos revoluciones armadas ya anunciaban la prolongada e indescriptible tragedia nacional de sucesivos complotos, levantamientos, dictaduras, anarquía general, bandolerismo, asesinatos, quiebras y guerra civil que arruinaron por completo a las víctimas debilitadas y desmoralizadas de los 300 años de avaricia y tiranía de los españoles.

El hombre que llegaría a ser el constructor de la nación y la figura magistral y más interesante de su época llegó a este mundo en una pobre posada pequeña en la antigua y pintoresca ciudad de Oaxaca, cerca de las montañas agrestes donde nació Benito Juárez.

Un personaje tan extraordinario debe analizarse tanto a través de los antepasados como del entorno, ya que aunque a las circunstancias y a la oportunidad, combinadas con la necesidad o la ambición, se puede deber mucho de lo que hace a un gran caudillo, las fuerzas misteriosas de la voluntad deben haber estado latentes en la sangre de donde fueron llamadas a la acción.

El pequeño niño, delgado, desharrapado y tocado con una gorra de piel de burro que solía ir de su pobre casa (donde su madre y sus hermanas se mataban trabajando desde el amanecer hasta bien entrada la noche) a admirar estupefacto una imagen de la virgen cubierta de esmeraldas, rubíes, perlas y brillantes por valor de \$ 2 000 000, en una iglesia situada en la acera de enfrente, posteriormente en treinta años como soldado y 34 más como estadista constructivo que impuso la paz, mostró tanto poder, sabiduría y visión, que, al salir del caos de la historia mexicana y asumir un mando inquebrantable, el mundo empezó a examinar el origen hereditario de esas cualidades poco comunes y heroicas.

Llegó el momento en que ese muchacho humilde, que con el tiempo se convirtió en comandante de las tropas, capturó su ciudad natal arrebatándosela a las fuerzas de la iglesia armada y se apoderó de las maravillosas joyas del altar que habían deslumbrado sus ojos infantiles; no lo hizo para despojar a una casa de culto, sino por forzar un rescate moderado para bien de sus soldados republicanos agotados y hambrientos. La meta consciente que se trasluce en toda su vida y la persistencia de su esfuerzo, frente a las privaciones y el peligro constantes, es lo que da interés al hecho de que es un individuo en parte indígena y en parte blanco.

Su padre, José de la Cruz Díaz, era de sangre totalmente española, descendiente de un inmigrante andaluz del siglo XVI, quizá uno de los pobladores originales de la ciudad de Oaxaca. Su madre era hija de Mariano Mori, de pura estirpe andaluza blanca, quien casó con María Tecla Cortés, una joven indígena de raza mixteca, de la antigua villa guerrera de Yodocono, en las montañas oaxaqueñas, donde su madre morena era propietaria de buenas tierras y rebaños. Los indígenas mixtecos, que en la actualidad son un pueblo “debilitado”, que vive en un territorio muy reducido, tienen leyendas de los días terribles en que le arrancaban la cabeza a sus enemigos, los zapotecos, y exhibían sus cuerpos mutilados en el lomo de los burros. El escudo de armas de Oaxaca, la venerable capital zapoteca, muestra la cabeza ensangrentada de una bella princesa mixteca de la antigüedad, a quien decapitaron porque prefirió morir a revelar los secretos de su pueblo.

De modo que Porfirio Díaz es 25 por ciento indígena y 75 por ciento blanco. El padre del futuro jerarca de México era bajo de estatura, fornido, musculoso, lúcido, despabilado y de gran entereza. De joven fue minero y, a la cabeza de una escolta armada, llevaba recuas de burros cargados de plata a la ciudad de Oaxaca desde las obras de reducción, que el capítulo catedralicio de Oaxaca poseía en el distrito de Ixtlán de las montañas zapotecas. Después fue agricultor y herrador de caballos, además de ser una especie de cirujano veterinario. El progenitor del máximo soldado y estadista de México cultivó un tiempo caña de azúcar cerca de la costa del Pacífico. Como renta tenía que pagar unas cuantas libras de cera para las velas que encendían el día de la fiesta del santo patrono del pueblo que era propietario de la tierra. Era un hombre en quien se daba una peculiar combinación de facetas. Abrió una pequeña tienda en un pueblo, instaló un trapiche con sus propias manos, aprendió el oficio de curtidor y, cuando era quien herraba a los caballos de un regimiento, había ocultado al general Guerrero en su casa y el patriota fugitivo en agradecimiento lo nombró capitán. Su esposa siempre se dirigía a él con ese título militar.

Este hombre de amplia caja torácica, aventurero y hábil, era una rara combinación de dos personajes. A pesar de su celo prodigioso por el trabajo y su forma práctica de buscar el sustento en las situaciones difíciles, poseía una fuerte veta mística. Era un ferviente católico y muy dado a rezar. Estaba tan metido en la religión que con frecuencia vestía el hábito café con capucha y cordón, de los terciarios franciscanos, un privilegio de los seglares.

Al final se dio cuenta de que el cultivo del azúcar no le redituaba y se fue a la ciudad de Oaxaca, donde rentó una casa de un piso y estableció una posada, conocida como el Mesón de la Soledad, con un taller para herrar caballos, hospital veterinario y establo. La posada era prácticamente un comedor para carreteros y pequeños tenderos.

Aquí, el 15 de septiembre de 1830 —o más bien el día 14 del mes, porque siempre han confundido el día del bautismo con su natalicio— nació el niño que iba a revolucionar a México y convertirse en el héroe moderno de las Américas. Su madre hispano-mixteca inclinaba su

rostro moreno y su cabello lacio durante horas frente a la imagen de la virgen y las velas que titilaban en torno a ella en su recámara. El padre, que tenía extremidades y hombros fuertes, usaba el hábito y el cordón franciscanos y rezaba con más fervor que nunca, mientras los arrieros de piel bronceada, con zarape rojo, enormes sombreros y huaraches, entraban en tropel a la singular posada vieja para ver al recién nacido. En ocasiones un monje se detenía en la puerta para hacer preguntas, porque el padrino del niño fue el sacerdote José Agustín Domínguez, que luego sería obispo.

Cuando el pequeño Porfirio tenía tres años, su padre murió de cólera y la pobre madre, que todavía amamantaba a Félix, su hijo más chico, y tres hijas en desarrollo que sostener, mantuvo heroicamente la posada durante cuatro años más y luego se dio por vencida, yéndose a vivir a una casa más chica de su propiedad en un rumbo de la ciudad ocupado por curtidores, donde ella y sus hijas hilaban con rueca y tejían rebozos, e incluso vendían frutos del árbol de pan que estaba en su patio, para ganarse la vida a duras penas. Esta decidida madre medio indígena, que de niña apenas sabía leer, había aprendido lo suficiente para dar clases a una serie de niños que le mandaban las familias y también tenía una escuela para infantes; cobraba seis centavos semanales por cada niño.

La vieja posada donde nació Porfirio estaba enfrente del gran convento e iglesia de La Soledad, la cual permanece hasta hoy como testigo del antiguo esplendor de Roma en México. Eran días de un poder eclesiástico pasmoso. Todo lo político y social se inclinaba frente a su magnificencia, su fuerza y su riqueza: desde la majestuosa capital, donde España y el cristianismo habían derribado los templos de Moctezuma y en su lugar erigieron catedrales e iglesias maravillosas y hermosas que superaban a todo lo existente aun en la propia España; desde este baluarte del poder de la Iglesia, donde los arzobispos habían sido virreyes y habían hecho colocar la bandera española en el piso de la puerta de la catedral para caminar sobre ella, hasta el punto más alejado de California o Yucatán, y de un océano a otro, en todas partes el sacerdote y el obispo, el monje y el superior, eran guardianes del camino al cielo y controladores de los resortes secretos de la política y el gobierno. Señala-

laron la dirección absoluta hacia una sociedad organizada, y tenían una riqueza tan colosal en sus manos que no sólo abrumaban a todos con el esplendor y brillo de sus altares, la majestuosidad de sus edificios, el esplendor de sus vestiduras, las joyas casi increíbles de sus tesoros, sino que controlaban los mercados de dinero y las tasas de interés, de modo que el precio de las cosechas, y las rentas de las tierras y casas estaban en manos de la Iglesia casi tanto como los enormes estipendios cobrados por bautismos, matrimonios y entierros.

Las procesiones religiosas eran constantes en las ciudades, pueblos y villas y las personas se arrodillaban en las calles cuando las figuras talladas en madera, que representaban al Cristo herido y sangriento y a la siempre hermosa virgen, hacían un recorrido público. Era común ver a los indígenas hincarse al ver a un sacerdote en cualquier parte. En todas las casas había un altar: en la choza del peón más humilde, hecha de adobe, tenían un crucifijo, una virgen y una vela siempre encendida.

En la noche de los tiempos es difícil reconocer al hombre que doblegó a la historia con su fuerza de voluntad, en aquel niño huérfano de padre, con grandes ojos melancólicos, muy delgado, de extremidades frágiles, que acostumbraba salir en los días de fiesta con su madre mestiza, apremiada pero valiente, de su sombría posada atestada de platos, y entrar al inmenso espacio fresco de la iglesia de La Soledad e hincarse con los monjes y monjas y los indígenas cubiertos con zarape frente al gran altar, de oro reluciente y con los destellos de las velas encendidas, donde la espléndida virgen quedaba arriba de los sacerdotes que entonaban los salmos, rutilante y resplandeciente con esmeraldas, rubíes y brillantes, además de miles de perlas en su túnica de terciopelo. Era lo más bello, imponente y estupendo que un niño mexicano podía ver, más rico que cualquier otra cosa sobre la Tierra, centro y cumbre del misterio y la gloria.

México ya estaba a punto de sumirse en el escandaloso periodo de guerras civiles en que Santa Anna, vencedor del absurdo emperador mexicano Iturbide, alternaba su papel como presidente y dictador, intrigante, luchador, mártir, bufón y traidor. El enorme poder de la Iglesia ya había tomado automáticamente partido en el conflicto confuso y

cambiante que envolvería a la nación en una conflagración general, en cuyas llamas y humo iba a desaparecer el orden establecido.

Santa Anna era un mercenario, para quien los poderes y responsabilidades del gobierno eran la mera escenografía de un espectáculo. Jugaba con los destinos de México como jugaría después con su propio honor. Espada en ristre se apoderó de la presidencia, se la pasó a otro, retomó el cargo, lo abandonó en alguien más, sólo para recuperarlo; ora desafiaba al poder real y a la aristocracia, ora se pavoneaba como dictador con el título de “Alteza Serenísima” —alto, de ojos brillantes, “erudito”, distinguido, bien parecido, valiente, encantador, gallardo, peligroso—. Había ángeles, demonios y hombres atados por una cadena en su alma aventurera. Desde el día que destruyó el primer imperio mexicano hasta el día en que secretamente ofreció vender parte de su país a los Estados Unidos a fin de recuperar el poder en México, siempre fue un entrometido y un obstáculo. Nunca hubo una combinación más fantástica de héroe y farsante.

En 1838 ocurrió “la guerra de los pasteles”. Francia envió una expedición a las órdenes del príncipe de Joinville para atacar Veracruz, porque México se negó a pagar algunas reclamaciones francesas ridículas, incluidas las de un pastelero que pedía \$60 000. En este ataque, una bala de cañón francesa amputó una de las piernas de Santa Anna. Acto seguido, hizo que enterraran su extremidad con gran pompa en uno de los templos principales de la ciudad de México; pero cuando una de las revoluciones frecuentes lo obligaron a dejar el poder, la turba que casi la víspera le había gritado hosannas, irrumpió en el templo, retiró violentamente la pierna de Santa Anna de su última morada majestuosa, y atándole una cuerda, la arrastró por las calles, entre abucheos y burlas.

Con la venia de Santa Anna, Gómez Farías se había convertido en presidente de México y provocado una revolución, respaldada por la Iglesia, promoviendo leyes que impedían que las autoridades civiles cobraran los diezmos u obligaran al cumplimiento de los votos monásticos, y prohibieran a los eclesiásticos inmiscuirse en la instrucción pública, lo cual puso punto final a la universidad. Éste fue el origen del

partido conservador, o clerical, cuya lucha con los liberales hizo que el país entrara en 34 años de conflictos intestinos, casi inexpresables por sus crueldades y traiciones.

Texas, poblado por colonizadores estadounidenses, se había rebelado contra la soberanía de México e incluso Santa Anna no pudo aplastar a la nueva república, que con el tiempo se anexaría a los Estados Unidos.

El general Anastasio Bustamante fue elegido presidente en 1837 bajo una nueva Constitución. Hubo una revolución en su contra en 1839, que sofocó Santa Anna. Estalló una revolución más contra Bustamante, a quien capturaron en el palacio nacional y mantuvieron preso allí, mientras que en las calles de la capital a diario retumbaba el ruido de las facciones en lucha.

Después vino la súbita protesta enérgica de los clericales, en voz de un brillante senador apellidado Gutiérrez Estrada, en el sentido de que las instituciones democráticas sólo podían causar anarquía y debilidad en la nación mexicana, que el grueso del pueblo era totalmente incapaz de funcionar como debía en una república real, que su historia, tradiciones y características raciales demostraban que la monarquía era la única forma de gobierno apropiada para ellos, y que sólo seleccionando a un rey podrían abandonar la sangrienta discordia y la desmoralización que habían provocado el caos en el país.

Esto agitó a México de frontera a frontera y se produjo otra avalancha de movimientos revolucionarios. Santa Anna tomó las armas contra el presidente Bustamante y se convirtió en dictador.

Si bien las sucesivas revoluciones empobrecieron al país y confundieron a las masas, muy por debajo de la superficie grotesca y a veces ridícula de las cosas, las fuerzas inexpertas de la república y las fuerzas de la rica y políticamente autoritaria Iglesia se estaban congregando para librar la aterradora lucha de vida o muerte que desoló a México durante tantos años. No se trataba de una cuestión de religión, ya que todos eran católicos, pero las órdenes monásticas se habían enriquecido a tal grado, poseían territorios tan enormes, tenían y prestaban tanto dinero, y mostraban un interés serio no sólo en los impuestos, sino en todos los

asuntos de la política, que sus dirigentes todo lo que avizoraban era la ruina y una confiscación próxima en un gobierno controlado de hecho por los indígenas ignorantes y sus líderes radicales.

Después de todo, los monjes lograron su poder, prestigio y riqueza a lo largo de tres siglos de monarquía española y no fue sino hasta que la idea de autonomía se apoderó de la mente de los mexicanos cuando la población obediente, que no cuestionaba nada y carecía de voz en la política, se había atrevido a poner en duda los resultados históricos, los derechos adquiridos o las instituciones establecidas.

Desde que el señor Poinsett, primer embajador estadounidense ante el México independiente, introdujo la masonería, hubo un aumento gradual de centros y liderazgos secretos, donde el desasosiego, la ambición y la impresión de los nacionales en el sentido de que la influencia extranjera privaba a los mexicanos de la igualdad de oportunidades en su propio país, tenían una organización más o menos definida. La bandera española fue expulsada de México, pero las grandes órdenes monásticas, provistas de fuerza gubernamental y rango aristocrático por España, seguían siendo en apariencia una barrera para las esperanzas vagas y elevadas de una democracia con más pasión que prudencia y más teoría que experiencia.

Además, los monjes se habían vuelto obesos y laxos. Aquí y allá había honrosas excepciones, como también ocurrió en los siglos de los virreyes españoles, pero es innegable que el nombre de la Iglesia era objeto de menosprecio y ridículo merced a la franca embriaguez, glotonería y lascivia de los monjes. El papa trató en vano de investigar, reformar o castigar estas corrupciones y brutalidades, que ofrecían un contraste tan pavoroso con las enseñanzas de la Iglesia; pero las grandes órdenes monásticas eran demasiado poderosas para someterse a la disciplina y demasiado mundanas como para reformarse. Detrás de ellas estaban congregados los antiguos elementos españoles, con la esperanza de regresar a la monarquía; los grupos de acaudalados y terratenientes tenían el poder de una mayoría ignorante, sin un céntimo y políticamente incompetente del pueblo, y todas las influencias eclesiásticas, financieras y monárquicas de Europa. En el extranjero era común la opinión de

que al retirar el control de México al poder español, lo único confiable que restaba era la autoridad de la Iglesia, por opresivo e inmoral que ese poder se hubiera vuelto a través de la prolongada acumulación de riquezas e influencia política de los dominicos, franciscanos, agustinos y sus aliados, dentro y fuera de la Iglesia.

Los obispos y sacerdotes se veían impotentes en presencia de este monopolio monástico, si bien los salarios de los doce obispos ascendían en conjunto a la elevada suma de \$539 000 anuales, tan sólo el arzobispo de México ganaba \$130 000, el obispo de Puebla, \$110 000 y el obispo de Valladolid, \$110 000.

La posición extraordinaria, casi increíble de los mexicanos entre los pueblos del mundo puede apreciarse un poco al comprender que las propiedades de la Iglesia en 1833 tenían un valor desde \$179 000 000, con un ingreso anual de \$7 500 000, según Mora —Von Humboldt estimó que las propiedades abarcaban cuatro quintas partes, y Lucas Alamán la mitad, de los bienes raíces de la nación— hasta el estimado hecho por Miguel Lerdo de Tejada de entre \$250 000 000 y \$300 000 000. No obstante, el descuido de la agricultura y la industria era tan absoluto en este país vasto y fértil, y la mente nacional estaba tan inclinada a la guerra, la política, el clericalismo y la antigua búsqueda española de plata y oro, que las exportaciones totales de la nación en 1828 eran apenas de \$14 488 786, de los cuales \$12 387 288 eran de oro y plata, dejando un total de otras exportaciones por sólo \$2 101 518. Y esta increíble condición siguió durante años, mientras que las alcabalas en todas las fronteras estatales hacían casi imposible que la agricultura saliera de los mercados locales. De este modo una parte del país podía estar abrumada con cosechas muy abundantes y la otra casi morir de hambre.

En la época de la primera infancia de Porfirio Díaz, los indígenas mexicanos, que en teoría sostenían la soberanía del país, de hecho no tenían más voz en los asuntos públicos que en los días de la dominación española. El avisado y versátil Santa Anna podía al menos luchar y cuando aparecía en escena siempre había un ejército que lo seguía. Empuñó su espada contra los liberales en defensa de los bienes y privilegios de la Iglesia. En ese periodo de pobreza general, México tenía

un ejército de 40 000 hombres, con un costo de unos \$8 000 000 anuales. Los indígenas agachaban la cabeza frente a los monjes o en su desesperación tomaban las armas contra la autoridad conservadora de cualquier clase. No había para él un punto intermedio entre la sumisión servil y el derramamiento de sangre. Éste fue el umbral de una guerra donde la Iglesia tendría que reunir ejércitos y sostenerlos en el campo de batalla.